



40 AÑOS DE LA GUERRA DE MALVINAS

JUSTICIA PARA LOS SOLDADOS ARGENTINOS TORTURADOS
POR SUS SUPERIORES

La causa que investiga las torturas en Malvinas comenzó en 2007. Desde entonces, alrededor de 180 personas declararon como víctimas o testigos de las torturas perpetradas por altos rangos a subordinados, durante el conflicto bélico. Hay 130 militares argentinos imputados por esos crímenes; 3 de ellos procesados y otros 20 con llamado a indagatoria.

Los oficiales que condujeron la guerra disciplinaron a los soldados con la misma metodología del horror que aplicaron en los centros clandestinos de detención, durante la última dictadura. Los testimonios dan cuenta de las múltiples prácticas de torturas empleadas: estaqueamiento, picana con teléfono de campaña, sumersión en agua helada, golpes de todo tipo, hambrunas, vejaciones y enterramientos.

**A 40 años de la guerra, estos crímenes siguen impunes.
Cuatro décadas después, muchos ex combatientes todavía no hablaron.**

“

**¿SABÍAS QUE LOS SOLDADOS
QUE FUERON A MALVINAS
FUERON VÍCTIMAS DE VIOLACIONES
A LOS DERECHOS HUMANOS?**

**MUCHOS DE ELLOS TODAVÍA NO LO CONTARON.
SI EN TU FAMILIA HAY UN EX COMBATIENTE,
ANIMALO A HABLAR.**

**INVITALO A FORMAR PARTE DE LA CAMPAÑA
YO TAMBIÉN HABLO**

Comunicate a malvinas@comisionporlamemoria.org o al 0221 4262900

”



“Me llevan a la posición del Subteniente donde veo que tiene toda la comida que traía. Me hacen tirarla, la mezclan con mierda humana y me hacen comerla.”

"Un día decido ir a buscar comida y me escapo al pueblo. Consigo la comida entre la basura. Cambié el reloj que tenía y me dieron panceta, latas... Cuando llego a mi posición, me estaban esperando el Subteniente, el Sargento y el Cabo, estaban haciendo la revista de equipo a toda la compañía... Por cualquier cosa le decían al resto que era por culpa mía y los castigaban. Por ejemplo, los metieron al lago congelado, 'hoy no comen', 'hoy vuelven a hacer guardia doble', y muchas cosas más. Ahí mismo, cuando me ven venir, el Subteniente, el Sargento y el Cabo me agarran y me meten la yerba que traía toda en la boca, para ahogarme.

Nadie nunca intervino para evitar la situación. Me llevan a la posición del Subteniente donde veo que tiene toda la comida que traía. Me hacen tirarla, la mezclan con mierda humana y me hacen comerla, comenzando a pegarme. Me deforman la cara de los golpes: me golpean con el fusil FAL en una de las costillas, me quiebran tres costillas y la clavícula y casi pierdo el ojo derecho. Me hacen caminar por la zona minada ida y vuelta dos veces; me mandan a pegar por la tropa.

El Subteniente me manda a estaquear, a desvestir, me sacan todo el equipo, el armamento. Junto a mi estaban dos soldados estaqueados. Me pone una granada en la boca, me manda a poner un lazo de carpa alrededor del cuello para que tuviera la cabeza agachada y una estaca en los testículos atada con el lazo para que no me moviera. Toda la tropa presencié esto, ya que los mandó a que me mearan y a que, cada dos o tres minutos, alguien me tirara agua helada. No sé cuánto tiempo pasó, perdí el conocimiento. Un soldado de la Sección Apoyo Mortero vio lo que me estaban haciendo y le avisó al Teniente. Él me saca. En una palabra: me salva la vida. Me lleva a su sección y me da el arma de él. Yo quedé ahí, me dieron morfina”.



“Me tenía que escapar de noche para buscar comida y cuando volvía a la posición, el Cabo me obligaba a hacer ejercicio vivo, me pegaba y me dejaba estaqueado muchas horas”

“Cuando llego a Puerto Argentino pesaba alrededor de 60 kilos y cuando nos fuimos de Malvinas pesaba, con los cuatro cargadores que tenía encima, ropa y botas, alrededor de 36 kilos. Durante todo el período de la guerra sufrí mucho el frío y principalmente hambre. Fui maltratado, vejado, torturado y estaqueado durante la guerra de Malvinas y los días posteriores, que fueron cometidos por un Cabo del Ejército, quien era el Jefe de grupo de la primera línea.

Durante el período de instrucción en Comodoro Rivadavia la relación con el Cabo fue buena, pero estando en Malvinas la relación cambió sustancialmente. El maltrato y la violencia desproporcionada fueron constantes. El motivo de esos hechos era porque buscábamos comida en el rancho, la cocina de campaña que estaba a un par de kilómetros de las posiciones. Me tenía que escapar de noche para buscar comida y cuando volvía a la posición, el Cabo me esperaba y me obligaba a hacer ejercicio vivo, carrera al mar, cuerpo a tierra, salto rana, los típicos ejercicios militares hasta la costa. Me hacía bailar, me pegaba en la cabeza, en el cuerpo, en la cara. Luego, me llevaba a otra posición donde estaba la trinchera del Teniente Primero, donde me dejaba estaqueado muchas horas.

La comida era siempre muy escasa y por eso tenía que buscar comida varias veces. No lo hacía por rebeldía sino por necesidad. Volvería a hacer lo mismo, porque el hambre que pasaba era fatal. El hambre te hacía realizar ese comportamiento para comer y para darle de comer a los compañeros.

Todo eso habría ocurrido en el mes de mayo. Los estaqueos y los malos tratos los sufrí varias veces y siempre por parte del Cabo. Un día me cansé del maltrato y lo invité al Cabo a sacarse las cintas y pelear. Luego de ese episodio, el Cabo me volvió a estaquear, me insultó y me pegó en el cuerpo y en la cara. El estaqueo siempre consistía en que colocaban tu cuerpo semi-desnudo boca abajo y atado de manos y pies; todo eso con mucho frío, viento, lluvia y durante muchas horas. El responsable del Cabo era un Subteniente, y el Jefe de

Compañía era un Teniente Primero. Muchas veces me golpearon dejándome la cara ensangrentada. Todas estas situaciones de maltrato me trajeron consecuencias graves en la salud física y psicológica que sufro hasta el día de la fecha (...)

El día 14 de junio se produjo la rendición argentina. Luego de eso, en Puerto Madryn, volvimos a los responsables del Ejército Argentino, los mismos responsables que en combate. Me subieron a un micro y fuimos a la base naval de Trelew (...) También era escasa la comida y en una oportunidad, pedí otra vianda de comida y el Cabo me insulto 'tenés hambre, muerto de hambre, negro de mierda'. Seguidamente, el Cabo agarró pedazos de pan y me los ponía a la fuerza y con mucha violencia en la boca, delante de todos los demás soldados del grupo. Me insultaba y me seguía metiendo pedazos de pan en la boca, a la fuerza. Luego, volvimos al Regimiento de Comodoro Rivadavia y ahí estuve bastante enfermo, física y psicológicamente, y continuaron los maltratos del Cabo. Había noches que me venía a buscar a la cuadra de la Compañía, de madrugada, y me torturaba con insultos y me hacía 'bailar' y me pegaba en la cara, en el cuerpo, no me amenazaba. Esto ocurrió en varias oportunidades.

Todo eso generó que me internaran en el Hospital del Regimiento porque no sentía los pies, había sufrido principio de congelamiento porque estaba totalmente desnutrido. Estuve como 10 días internado. Cuando salí de la internación, a los pocos días, me informan que me daban la baja. Cuando me van a dar la baja, el Teniente Primero me avisa que tenía un sumario de guerra y que para conseguir la baja tenía que declarar delante de él lo siguiente: 'que había visto las conductas impropias de otro soldado en combate'.

En una oportunidad, en el transcurso de la guerra, el soldado se había escapado de la primera línea, se había ido al campo minado y al día siguiente había vuelto con un tractor. El Teniente Primero me extorsionó y me exigió que firmara una declaración en contra del soldado para que me otorguen la baja. Fui amedrentado para hacer esa declaración. El soldado, luego, estuvo preso en Campo de Mayo 5 años por ese hecho, que fue probado por las declaraciones de los demás soldados, realizadas bajo extorsión de sus superiores.



“El cabo me apuntó con el arma, yo estaba sentado en mi posición, y me disparó en la pierna porque no podía caminar. El disparo me pegó en la pierna izquierda. Tengo la cicatriz en mi muslo.”

"Al Sargento lo enviaron a otro lugar y a cargo del grupo quedaron dos cabos. Aproximadamente a los 15 días de haber arribado a Puerto Yapeyú, comenzaron las torturas. Te apuntaban con el FAL, con la pistola en la boca, y nos decían: 'tenés hambre, abrí la boca' y nos apuntaban, también nos daban patadas. No comíamos y el frío no se aguantaba. A los 20 días no teníamos fuerza para caminar, faltaba comida y hacía frío.

Había una casilla en la que colocaron una carpa y había fuego adentro, estaba calefaccionada. Esa casilla estaba a 100 metros, aproximadamente, de nuestra posición. De ahí nos observaban. Adentro de la carpa había comida. Yo me acerqué, les dije que había fuego, que por qué no teníamos fuego. Al costado de la carpa había un Furriel de la compañía que era dragoneante, estaba estaqueado. El subteniente me respondió '¿tenés frío?' y me puso los pies al costado del fuego, con los borceguíes y las medias, y me ordenaron no moverme. Me tuvieron un día entero con el fuego. En la carpa, había dos cabos más junto a otros sargentos y suboficiales que, al parecer, cuidaban al hijo del General Menéndez. Salí de ahí sin poder caminar porque el fuego me hizo ampollas en los costados de los dos dedos grandes, por las quemaduras (...)

Cuando vuelvo a la posición comienzan las torturas. Unos días después de lo que sucedió con el fuego, el cabo me apuntó con el arma. **Yo estaba sentado en mi posición y me disparó en la pierna porque no podía caminar. El disparo me pegó en la pierna izquierda, tengo la cicatriz en mi muslo.** Mis dos compañeros vieron lo que sucedió y llamaron por radio al Capitán que, creo, era el Jefe de Sección. Ellos vinieron y me trasladaron entre cuatro o cinco; el Subteniente estaba presente. En el camino, el subteniente me ordena decir "que estaba limpiando el arma y que se te escapó un tiro". Me trasladaron al pueblo, donde estaba el hospital de campaña. Dos días o tres, yo digo que me quiero ir a mi posición. Volví a mi posición y me empezaron a decir que no declare; a mis dos compañeros también les decían que no hablen (...) Seguimos un tiempo, aproximadamente 30 días. No recuerdo bien.

Un día, a mis compañeros se les ocurre cazar una oveja. Teníamos mucha hambre. Cazaron una oveja y cuando los superiores se enteraron, los estaquearon. Nosotros la carne la comimos cruda porque no nos dejaban hacer fuego. A veces comíamos los huesos de los animales molidos. Teníamos que sobrevivir. Yo de noche les pasaba la poca comida que nos iban dando a mis compañeros estaqueados, que estuvieron aproximadamente 4 o 5 días estaqueados.

Mientras estaban estaqueados había bombardeos: **a los soldados que estaban castigados los mandaban a hacer guardia a donde estaban bombardeando.** Hasta que un día a la mañana, ya era de día, había sol, sale un avión de la montaña y empieza a bombardear; del grupo que estaba otro Subteniente, de ahí, hasta donde estábamos. Fue un segundo. Bombas por todos lados. **Ahí mueren mis dos compañeros que estaban estaqueados.** Las bombas les cayeron encima. Murieron al lado mío. Yo estaba en un refugio que era un pozo.

Al rato llegaron un grupo de oficiales, varios cabos, sargentos. Ahí pasan el parte de que había dos bajas. Antes de que llegue el Capitán, desataron a los que estaban estaqueados y dicen 'estaban fuera del pozo' y cuando me ven a mí, me dicen, quédate ahí que está lleno de bombas. Pasaron un par de horas. Me mandaron a hacer guardia. Me dan un FAL, creo que era el de uno de mis compañeros. Me mandaron con otros dos soldados a hacer guardia. Tuvimos que cruzar un lago, me ayudaron a caminar porque no podía caminar. Me pararon frente a una roca para hacer guardia. Ahí estuve solo durante 7 días, nunca me llevaron comida. Cuando podía caminar un poco molía (...). Un día me saco los botines, tenía quemaduras en los pies, en tres dedos por pie, tengo las cicatrices.

Un día aparecieron los helicópteros y veía cómo los soldados de todas las secciones empezaban a ir para el puerto. Yo durante ese tiempo pensé que me iban a venir a matar; hoy creo que me dejaron allí para morir congelado porque era el único testigo. Mientras todos iban hacia el puerto, como no podía caminar, lloraba porque pensé que iba a quedar ahí abandonado (...)

En Campo de Mayo estuve aproximadamente 2 meses. Un mes en silla de ruedas. En Campo de Mayo me hicieron injertos en los dedos. Después empezaron a llegar los periodistas. Nos decían que nadie podía hablar y hablaba el que ellos querían. Sí dejaban hablar a la gente

que habían sido herida en Malvinas, los que estaban por el pie de trinchera, no podían hablar; y si sentían que hablabas mal o si hacías algún escrache, había represalias.

Un día yo grité que por qué no podía hablar y al día siguiente me llevaron a un pabellón solo, a una habitación con una división, había una pared, y ahí me apretaron. Me ordenaron que no hable de nadie. Me dijeron que sabían que yo sabía mucho y que no hablara nunca más de los militares, de lo que pasó y de lo que vi, y me hacen firmar un documento. Cada tanto venían cuatro o cinco personas, oficiales, y me hacían firmar documentos. Yo no sabía leer ni escribir, no sé lo que firmaba. Me dijeron que me iban a hacer desaparecer o que me iban a cagar matando. Ellos me decían que mi familia creía que estaba muerto, me daban por muerto, y de repente yo aparezco vivo, ahí (...)

Me dan la baja. Vino un sargento de Paso de los Libres y me entrega la libreta. Luego de una semana, yo digo que me quería ir a ver a mi familia. Me hacen un chequeo médico y me dan un boleto para ir a Chaco. Cuando llego a Chaco, a la localidad de Las Breñas, me estaban esperando dos personas que, según ellos, eran de la SIDE y que, supuestamente, los había mandado Menéndez, que yo podía visitar a mi familia pero no hablar nada de lo que pasó. Me dijeron que siempre iba a haber gente cerca de mí y que no podía estar más de dos días. Visité a mi familia, no les conté nada. Les dije que me iba a ir a trabajar a Buenos Aires. Me dijeron que si hablaba me iban a hacer desaparecer.

Yo vuelvo al Hospital, estoy dos o tres días más, y me escapo de ahí. Por un tiempo nadie sabía dónde estaba yo. Estaba en Polvorines, que vivía mi tía. Cada tanto aparecía alguien cerca de mí y me decían 'ya sabés lo que tenés que hacer' o 'no comentés nada de lo que pasó'.

Un familiar me hizo entrar en Frenos Vargas, en diciembre de 1982, donde trabajé hasta 1999. Nadie sabía de mi vida. No tenía dónde gastar la plata, tenía miedo de que me hicieran desaparecer. Vivía en Munro; no salía. Debajo de donde alquilaba había un restaurant, comía ahí y en la fábrica, no andaba porque tenía miedo (...)

Un día me presento a la empresa, en el año 1983, porque recibo una citación para que me notifique para recibir una cédula e ir al Regimiento. Fui al Regimiento y al llegar, me atendieron. Me mandaron al hospital del Regimiento en Paso de los Libres, Corrientes. Me

dejaron internado y luego me sacan, me mandan a una habitación solo y ahí llega el General Menéndez, vestido de civil, yo lo conocía porque lo había visto en Malvinas. Junto con otros oficiales empezaron a apretarme, me decían que ya sabía lo que iba a pasar, que no quiero ver a su hijo preso ni dado de baja, que me iban a perseguir, que no me querían ver en ninguna reunión y que si me veían era boleta; o que cuando volvieran, iba a ser el primero en la lista.

Unos días después, vino un subteniente y me llevaron a una Junta Médica. No recuerdo bien dónde, pero era un Hospital Militar en Corrientes. Cuando voy allá, el médico que estaba de jefe era el mismo médico de Malvinas, era el jefe de los médicos. Cuando tuve que volver, discutí con el Cabo y volví por mis medios. Al volver al Regimiento me encerraron en la habitación y apareció el Cabo y otro más, y me dijeron de todo. En esa oportunidad volvió el General Menéndez y me volvió a amenazar. Quedé preso. Me decían que yo sabía lo que me había dicho el General y que si hablaba me iban a pasar cosas. Ahí me dan el pasaje de vuelta. Cada tanto, durante veinte años, aparecía alguien y me recordaba que no tenía que hablar, que si me mantenía en silencio tenía vida para rato".



“La otra sanción fue llevarnos a un cerro que estaba en el lugar de la posición de guerra, nos ataron las manos, nos sacaron el casco y casquete de abrigo y nos taparon con los ponchos para sufrir de la nevada”

"La otra sanción fue llevarnos a un cerro que estaba allí en el lugar de la posición de guerra y, al llegar a la cumbre más alta, nos ataron las manos por detrás del cuerpo, nos sacaron el casco y casquete de abrigo y nos taparon con los ponchos para sufrir de la nevada. Nos pusieron en línea para que seamos vistos por toda la compañía, como escarmiento por haber robado la ración que le correspondía a los jefes. El soldado que realizó dicho acto fue con motivo del hambre que teníamos. Cuando subimos al cerro, nos dejaron solos y todos observaban de abajo, es decir, sin armamento ni tampoco custodia como de defensa. El tiempo que duró fue unos 30 minutos aproximadamente, al mediodía, cuando se

desarrollaban los combates más fuerte por las Islas Malvinas. Continuamente escuchábamos el bombardeo de los barcos que tiraban a la posición de la compañía y también, continuamente pasaban los aviones enemigos".



“Llegada la noche nos meten adentro de un contenedor, una caja de madera de aproximadamente dos metros por tres metros, la cual trababan por fuera.”

“Cuando llegamos, aproximadamente a las 14 horas, nos recibe el Mayor quien era el oficial a cargo de MoodyBrook. Luego de increparnos, insultarnos, degradarnos y todo aquel calificativo que desmerezca a un ser humano sin poder dar los motivos o ser entendidos de cuáles eran nuestras necesidades, nos trasladan al patio y le ordenan a un soldado tomar unas cuerdas, paños de carpa y hacer acostarnos en el piso boca arriba, desde las 14 hs hasta las 20 hs. De ahí, nos trasladan de nuevo a hablar con el Mayor quien, dentro de su discurso de militar, nos seguía acusando de desertores y que nos iba a iniciar consejo de guerra y nos seguía degradando en la parte moral y humana. Nosotros pedíamos permiso para dar nuestras explicaciones pero cuando decíamos que lo habíamos hecho por hambre, este señor se exasperaba y nos cortaba la explicación y volvía a insultarnos.

Llegada la noche nos meten adentro de un contenedor, una caja de madera de aproximadamente dos metros por tres metros, la cual trababan por fuera. Al día siguiente, nos trasladaban de nuevo a ese patio, volvían a repetir la situación de acostamos boca arriba y permanecer todo el día. Cada cuatro horas nos sacaban para ir a hablar con el Mayor y de noche nos volvían a introducir en esa caja. **Todas las noches sufríamos cañones navales y alertas de distintos tipos sobre el avance del enemigo y no nos permitían movernos.** A los dos días, bajo un ataque de artillería naval, unos compañeros nuestros se apiadan y en contra de las órdenes dadas por el Mayor, nos abren la puerta para estar un poco a salvo dado que las esquirlas de piedra caían sobre nuestro contenedor. Pasando el bombardeo volvemos a la caja”.



“En las posiciones "tirador de pie" que estaban inundadas, el Teniente Primero les ordenó a todos los soldados introducirse dentro y quedarse parados durante horas con agua congelada hasta el pecho.”

"Luego de comenzado el combate, una mañana, el entonces Jefe de Compañía me observa que estaba limpiando con el dedo índice un frasco sucio y vacío de dulce La Campagnola. Esa acción le produce al Teniente Primero una ira desmesurada y me ordena ponerme al borde de una posición abandonada por estar inundada de, aproximadamente, un metro y medio por un metro, por uno y medio de profundidad. **Y luego me ordena saltar en esa posición, es decir, saltar en el pozo inundado de agua, en un clima extremadamente frío. El Teniente Primero me ordenó que me tirase al pozo helado. Cuando salí, le pregunto al oficial si le parecía bien y el Teniente me dijo: "¿No me escuchó usted cuando estaba en el aire decir "alto"?**

En otra oportunidad, en la misma posición: el tirador de pie que el Teniente Primero nos había hecho cavar y que estaba inundada, les ordenó a todos los soldados introducirse dentro de la posición inundada y quedarse parados durante aproximadamente tres horas con agua congelada hasta el pecho. El Teniente Primero supervisaba todo el tiempo, posición por posición y en reiteradas oportunidades, para que todos continúen en el pozo con agua congelada”.



Una vez que otro soldado se hizo de una lata de duraznos, le dio de comer a Quintana en la boca, pero éste ya estaba en posición fetal y no podía comer. Yo vi cuando se lo llevaron de la carpa; pero al llegar a enfermería también murió.

"Conocí personalmente a Remigio, él estaba completamente desnutrido, ninguno de nosotros tenía qué comer. En una oportunidad, lo encontré revolviendo la basura y encontró allí una cáscara de zapallo podrida. Ahí me pidió sal, que yo me robaba de la cocina de los

oficiales. Le di sal y él se pudo comer la cáscara. **Luego de eso, al tiempo, murió. Remigio dependía del Sargento Primero, quien sabía de su situación. Él muere haciendo guardia (...)**

Una vez, que otro soldado se hizo de una lata de duraznos, le dio de comer a Quintana en la boca, pero éste ya estaba en posición fetal y no podía comer. Yo vi cuando se lo llevaron de la carpa pero al llegar a enfermería también murió. Quintana dependía del mismo Sargento Primero, quien sabía de su situación.



“Fuimos enterrados en los pozos contruidos para protegerse del fuego enemigo, parados hasta el nivel del cuello. Permanecimos enterrados ocho horas aproximadamente”

"Como consecuencia de la carencia de alimentos, junto con otros soldados de mi sección, cazamos uno de los corderos que se encontraban en la zona y lo comimos. Uno de los oficiales a cargo nuestro, nos formó en línea a los soldados del grupo y nos solicitó que manifestaran quiénes habían comido el animal. Recuerdo que las palabras de ese oficial fueron 'que haga un paso al frente el que haya matado el animal, que pase al frente el que tenga huevos' (sic).

Un soldado del grupo admitió haberlo hecho y justificó su accionar diciendo que lo hizo porque tenía hambre. Varios soldados entre seis y ocho fuimos castigados. Tal castigo consistió en que fuimos enterrados en los pozos que los soldados habíamos construido para protegernos del fuego enemigo. **Fuimos enterrados parados hasta el nivel del cuello, sólo con el uniforme, con los borceguíes puestos, sin ropa de abrigo y sin casco. Permanecimos enterrados, tal como los otros soldados, el lapso de ocho horas aproximadamente, desde las 10 u 11 de la mañana. Nevaba levemente en ese tiempo.**

Mientras el tiempo que estuvimos enterrados, fuego enemigo cayó en las inmediaciones, a 300 metros de la posición. Mientras, el Cabo caminaba alrededor de su cabeza y de la de los demás soldados mientras estaban enterrados. La orden de enterrarlos llegó por vía radial de parte del Mayor, Jefe de Operaciones del Regimiento. Fuimos enterrados por nuestros

propios compañeros, cuyos rostros expresaban tristeza cuando ejecutaban la orden por la fuerza. Pasadas las ocho horas, en las cuales sintió frío en todo el cuerpo, el Subteniente concurrió al lugar en donde se encontraba enterrado y ordenó que lo desenterraran, junto con los restantes soldados. El Subteniente nos decía 'mis soldados tienen que morir en combate' (sic).

Luego de desenterrados, todos los soldados fuimos arrastrados hasta una construcción precaria de madera, ubicada en las inmediaciones, en la que permanecimos unos momentos y posteriormente nos llevaron junto a una fogata encendida, bajo las órdenes del Subteniente, a fin de que obtuviéramos el calor necesario para que circulara la sangre con normalidad. No pude caminar luego de desenterrado por varias horas, lo mismo que el resto de los soldados enterrados”.



“Ordenó enterrarme junto a otros tres soldados en un pozo hasta el cuello, sin abrigo, sin casco, por más de diez horas bajo temperaturas extremas y sin alimentos”

“Con el paso de los días comenzó a evidenciarse la falta de pertrechos bélicos, vestimenta y alimentación, que desemboca en la pérdida de peso de muchos de nosotros. Debido estas circunstancias, agravado por el frío y el hambre, un grupo de soldados entraron a una casa a tomar alimentos. Ese hecho fue denunciado por el inglés dueño de casa pero como no encontraron quienes fueron los autores del hecho, el Mayor -Jefe de Operaciones del Regimiento- ordenó enterrarme junto a otros tres soldados en un pozo hasta el cuello, sin abrigo sin casco por más de diez (10) horas, bajo temperatura extremas y sin alimentos, sufriendo congelamiento en distintas partes del cuerpo. Quien cumplía órdenes, el Coronel Jefe del Regimiento. Durante las 10 horas permanecimos inmóviles, sufriendo daño psicológico y físico por tal situación. Tuvimos congelamiento en distintas partes del cuerpo. Nuestros superiores, teniendo conocimiento de este acto de tortura, nunca intervinieron para evitarlos, prestando consentimiento a estas prácticas inhumanas, crueles y degradantes”.



“Nos ponían boca arriba, nos hacían abrir los brazos formando una T con respecto al cuerpo y las piernas separadas atadas con piola, con la nevada y el frío, te congelaba todo el cuerpo”

"Conocí el estaqueamiento que sufrieron dos compañeros. Le llamaban 'el calabozo de campaña' No recuerdo el día que fuimos estaqueados, fue al mediodía hasta la tarde. Ese estaqueamiento fue realizado a ocho soldados, aproximadamente; todos pertenecíamos a la guardia saliente. Dicha maniobra consistía en clavar estacas en el suelo y nos ponían boca arriba; nos hacían abrir los brazos hasta el máximo, es decir, formando una T con respecto al cuerpo y las piernas separadas, todos atadas con piola. De allí, nos ponían, a unos diez centímetros del cuerpo, el poncho plástico y con la nevada y el frío que reinaba, te congelaba todo el cuerpo. El motivo fue cuando un soldado robo del depósito una oveja carneada y durante la guardia la comimos entre todos, por el hambre que teníamos. Eso motivó la pena que nos dieron. El que dio la orden fue el Teniente y la ejecutaron los mismos soldados de la compañía, por orden de este. Nos raparon la cabeza, nos sacaron el casquete de abrigo y el casco, para tener mayor sufrimiento del frío".



“Una vez me metieron en un pozo de agua, por ir a buscar agua de un camión porque siempre temábamos de un charco, no teníamos agua en las cantimploras”.

“Las trincheras se fueron llenando de agua, estaban inutilizadas. Me metieron junto a otro compañero más a los pozos de agua como castigo, llegándonos el agua hasta la cintura y la misma era congelada. Eso me provocó principios de gangrena. Hacía mucho frío, las temperaturas eran muy bajas. También nos bailaron, nos hacían cuerpo a tierra y 'salto de rana', 'carrera marche', etc. Esto lo hicieron el Sargento y el Cabo Primero. Ellos fueron los responsables de las torturas que se repitieron varias veces.

Fui al médico de campaña, que me dio medicación. El Sargento me sacó los medicamentos y me metió de vuelta en los pozos de agua. Me dijo 'esto se cura con más pozos de agua'.

El 30 de Mayo nos llevan de nuevo a los galpones y, al otro día, cerca de la enfermería, fui a ver al médico que me llevó en un camión, directamente al hospital de Malvinas. No podía caminar, me tuvieron que cortar los borceguíes y las medias para sacarlos, por como tenía los pies. Me dijeron que había terminado la guerra para mí. Estando en el hospital de Malvinas, aparece el Teniente que me dice 'usted, ¿cómo está acá?', 'estoy acá porque el médico me mando'.

La ropa no era adecuada para el clima, el trato fue muy malo: nos cagamos de hambre, las encomiendas no llegaban o nos sacaban las cosas. Tuvimos que comer carne cruda y en mal estado por el hambre que teníamos y por eso, nos bailaron y nos metieron en el pozo de agua. **Los castigos se aplicaban por lo que a ellos se les ocurriera, no había ninguna razón que convalide que te metan en un pozo de agua. Son torturas esto.** Salís del pozo de agua y hasta que se seca la ropa pasan días y, cada vez que se secaba, te metían en un pozo de agua.

(...) Una vez me metieron en un pozo de agua por ir a buscar agua de un camión, porque siempre tomábamos agua de un charco, no teníamos agua en la cantimplora. Otra vez nos bailaron y nos metieron en un pozo de agua, estábamos haciendo guardia, no se veía nada, había viento, bruma, una noche cerrada. El Sargento nos dice: 'los estaba buscando, no estaban en su posición'; le contestamos que sí, que estábamos en la posición y que no se veía nada ya que era una noche de bruma, con ráfagas de viento y lluvia, y nos bailaron por eso. Me amenazaba de darme un tiro por contestar sus órdenes.

Una vez, nos llevaron bailando por un camino que iba hacia la playa y nos hicieron hacer cuerpo a tierra al lado del campo minado. No recuerdo nombres de otros compañeros que hayan sufrido lo mismo".



“Nosotros estábamos en el medio de la compañía, no había forma de que allí llegaran los ingleses. Fue el Cabo Segundo quien apuntó y disparó directamente hacia donde estábamos nosotros en la covacha”.

"El soldado estaba de guardia, salió diez minutos y entregó otra guardia. Cuando llegó, yo le calenté la comida que era una minúscula ración. Recuerdo que le pedí un cigarrillo y él me dijo que lo fumáramos de a dos. Nos acostamos, estábamos fumando el cigarrillo y se escucha una lluvia de balas de ametralladora. Entonces, como tenía todas las armas y cargadores puestos, se prendió con el fusil y sale. Yo salgo detrás de él y me quedo enredado en los cordones de las botas y allí se escucha otra balacera; cuando veo eso, empecé a gritar 'soy el cabo'. Yo quería salir y el Cabo Segundo me gritaba 'quien está con vos' y me decía 'hay un infiltrado, hay un infiltrado'. Me dice que salga. Me paro y me dice que saque el fusil del pecho y viene el Cabo Segundo, se acerca a la persona que estaba tirada en el piso y veo que era el soldado. Cuando veo que estaba muerto le pregunto, ¿cómo fue que murió? y el Cabo Segundo me dice: 'fui yo, fui yo', pero con ningún cargo de culpa. Aclaro que nosotros estábamos en el medio de la compañía, no había forma de que allí llegaran los ingleses: fue el Cabo Segundo quien apuntó y disparó directamente hacia donde estábamos nosotros, en la covacha. Yo les preguntaba a los guardias por qué tiraban y ellos me dijeron que ellos no estaban tirando, que sólo había disparado el Cabo Segundo.

El continuamente nos decía que íbamos a morir gratis. Nos llamaba haciendo señas como si llamara a un perro. Nosotros no nos habíamos dado cuenta de que él iba a ser nuestro peor enemigo. Nos decía permanentemente que éramos unos inservibles, nos obligaba a tirarnos por el agua. Nos decía que cuando volvamos al continente, íbamos a ir al consejo de guerra por insubordinación, ya que nosotros nos negamos a tirarnos, una sola vez, en ese piso congelado.

Yo fui el último que declaré ante el Comandante y él me dijo primero lo del consejo de guerra. Cuando empecé a contar lo del Cabo Segundo, me dijo que cómo yo iba a contar eso, si todos los demás anteriores no habían contado nada de eso. Yo le dije que confirmaba lo que estaba diciendo, que había sido el Cabo Segundo quien lo había matado. Ahí me dice que yo no podía ir a juicio con un personal de cuadro (de jerarquía), que tenía que ir al Consejo de Guerra y quedarme cuatro o cinco años más en el regimiento. Yo le contesté que no quería irme a juicio, que sólo estaba contando lo que hacía el Cabo Segundo, pero no quería ir a juicio. Recuerdo que, no sé cuántos días, cuatro o cinco días, vienen nuevamente los jefes con máquinas de escribir; llevaron ya un papel llenado, escrito a mano y lo pasaron

a máquina. Me llamaron y me leen la declaración, la mía, y me dicen que tenía que firmar. Yo le digo que no, que no iba a firmar esa declaración porque no había declarado así. Ahí estaba todo a favor del Cabo Segundo y no, entonces, no le firmé el papel. Nuevamente me repitió el Comandante que iba a ir al Consejo de Guerra, que no podía ir contra el personal de cuadro, pero igual así, no le firmé".



“Al volver nos llevaron a la ESMA, allí nos hicieron firmar un pacto de silencio, nos decían que no debíamos comentar a nadie lo que había pasado en la guerra o íbamos a ser sometidos a un consejo de guerra”.

"Tuvimos que afanar hasta de la propia ranchada de la compañía (donde estaban las cocinas que eran de la tropa del regimiento). Yo lo que vi es que los oficiales no se preocupaban. Ellos ni se calentaban por nosotros ya que ellos contaban con esa provista que habíamos dejado, por lo tanto, ellos no sentían hambre. Se alimentaban de nuestra provista, por eso nosotros robábamos de la ranchada o robábamos ovejas para poder comer junto a los camaradas. Por ese hecho, nos pusieron presos dentro de un contenedor, sufriendo frío extremo. El soldado en Malvinas tenía que manejarse solo, no tenía ningún tipo de atención de nadie. A veces sólo llegaba un suero, como una especie de sopa que tomábamos frío y, así, fue durante todo el tiempo que estuve en Malvinas.

Al volver, nos llevaron a la ESMA. Allí nos hicieron firmar un pacto de silencio, era una carpeta. Nos decían que no debíamos comentar a nadie lo que había pasado en la guerra, que si comentábamos a algún civil lo ocurrido, íbamos a ser sometidos a un Consejo de Guerra. Yo creo que muchos soldados terminaron suicidándose porque no sabían a quién recurrir y dónde contar lo sucedido. Yo querría saber si puede ser recuperada esa carpeta y así conocer su contenido".-